

Revista de libros

Jorge MARTÍNEZ-PINNA NIETO, *La monarquía romana arcaica*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2009, 136 pp.

Tal y como afirma T.J. Cornell en su obra ya clásica sobre los orígenes de Roma, Polibio fue el primero en señalar la estupidez de cualquier hombre que no sintiese curiosidad por el proceso mediante el cual Roma pasó de ser una pequeña aldea de pastores que habitaban en cabañas a convertirse en la magnífica Urbe cuyo poder se extendía por todo el Mediterráneo, desde la Península Ibérica hasta las tierras helenizadas de Oriente. Una opinión, la de Polibio, tan válida para el siglo II a.C. como para los albores del siglo XXI. El mismo Cornell se lamentaba en 1995 de la escasa atención que los especialistas anglosajones habían prestado en las décadas anteriores a la Roma preurbana y arcaica. Una situación que, siempre según este autor inglés, no se daba en otros países europeos, en los cuales la publicación de monografías y estudios dedicados a esta cuestión había sido mucho más habitual. En la lista que Cornell ofrece de autores que se habían dedicado con especial acierto a esta labor encontramos franceses, alemanes, italianos e investigadores de países del este de Europa. El reconocimiento a la labor hispana en los estudios sobre la Roma arcaica brilla por su ausencia.

Esta omisión, por otro lado, no resulta en absoluto extraña, si tenemos en cuenta la escasa atención que los historiadores y arqueólogos españoles, más dedicados por tradición a las cuestiones relacionadas con la Antigüedad en la Península Ibérica, han prestado a la Roma de los primeros siglos.

La obra del profesor Jorge Martínez-Pinna constituye una más que notable excepción en este desierto panorama. A lo largo de tres décadas de carrera, este autor ha dedicado un gran número de artículos y monografías a abordar las cuestiones cruciales sobre los orígenes de Roma y la época monárquica, hasta llegar a convertirse, sin posibilidad alguna de discusión, en la máxima autoridad hispana sobre el tema y en una de las voces más autorizadas a nivel mundial. No podemos olvidar que el arcaísmo romano es un periodo histórico para el cual, por cada hipótesis formulada, existe al menos una replica que intenta desmentirla. Un periodo, sin embargo, en el que Jorge Martínez-Pinna se mueve con gran soltura y valentía.

Su monografía *La monarquía romana arcaica* constituye la última revisión del profesor Martínez-Pinna sobre la Roma de los últimos reyes, época a la que ya había

dedicado anteriormente algunos trabajos con gran acierto. El desarrollo histórico y cultural de la Urbe durante el siglo VI a.C., hasta la liquidación del régimen monárquico y la imposición del sistema republicano, resulta sin duda uno de los procesos más interesantes para el historiador de la Antigüedad. En primer lugar por sus características propias, que lo convierten en crisol de experiencias y formas culturales consolidadas en los siglos subsiguientes, hasta dar lugar a la Roma clásica de la República Media y Baja. Pero, ante todo, para el historiador, el interés, y no menos la dificultad, radica en las especiales características de las fuentes literarias con las que contamos para reconstruir el periodo. En efecto, la datación de estas fuentes en una época tardía y alejada en el tiempo respecto de los acontecimientos que narran obliga a someter los relatos de los historiadores latinos y griegos a un estricto proceso de crítica que elimine los detalles añadidos con posterioridad a los hechos y los relatos novelescos, con el objetivo final de reducirlos a su núcleo esencial. Una labor ésta que los historiadores más críticos tildan de utopía y deshechan por irrealizable.

Los trabajos del profesor Martínez-Pinna han demostrado que los peores augurios de los hipercríticos no sólo eran y son exagerados, sino que además resultan por completo gratuitos. La historia de la Roma arcaica puede y debe ser reconstruida, aunque la metodología para lograrlo resulte más compleja y los resultados obtenidos más controvertidos que los propios de la investigación histórica de épocas posteriores. En efecto, las fuentes literarias no bastan para alcanzar este objetivo, sino que hay que compaginar la información que éstas nos brindan, una vez analizada y depurada, con los datos que aportan otras disciplinas, como la Arqueología, la Epigrafía y la Antropología.

El estudio *La monarquía romana arcaica* constituye un magnífico ejemplo de los resultados que un investigador puede obtener mediante este análisis serio y metódico de las fuentes literarias y el posterior cotejo con el resto de los datos. No cabe duda de que ésta es una tarea que requiere no sólo del conocimiento en profundidad tanto de las fuentes conservadas como de las obras perdidas en las que éstas se basaron, sino también de una notable familiaridad con el material arqueológico y epigráfico. Todo este material constituye un enorme corpus de datos que el investigador debe tener en cuenta para llegar a formular cualquier tipo de hipótesis fundamentada. En su obra, Jorge Martínez-Pinna demuestra no sólo que conoce estos datos a la perfección, sino que además hace gala de una brillante capacidad para interpretarlos y relacionarlos entre sí, para, finalmente, llegar a presentar unas conclusiones firmes y sólidas.

A mi juicio, uno de los mayores aciertos del estudio de Martínez-Pinna es la consideración del ámbito latino, y de Roma dentro de éste, como una entidad propia y diferenciada que, aunque abierta y permeable a las constantes influencias del mundo griego y etrusco, debe ser estudiada y analizada en sus elementos únicos y característicos. La Roma arcaica que presenta este autor no es ni la ciudad griega en suelo itálico que presentan las fuentes helenas, ni la comunidad etrusca que quisieron reconstruir algunos historiadores en décadas pasadas. La Roma de los Tarquinios es una ciudad íntegramente latina, cuyas instituciones sólo se entienden dentro del marco de un sustrato latino propio, sobre el cual se van superponiendo con el tiempo determinadas formas griegas y etruscas. Los estudios anteriores que, pasando por alto este punto de partida, han tratado de reconstruir la Roma del siglo VI a.C., sólo han obte-

nido, bien resultados parciales, bien imágenes falseadas de las cuales la Roma etrusca gobernada por una familia de aristócratas tirrenos sería el ejemplo más significativo.

Partiendo de esta base, la monografía aborda el análisis del reinado de los tres últimos monarcas romanos documentados en las fuentes, a saber, Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio, figuras polémicas y controvertidas, cuya historicidad ha sido puesta en duda por algunos autores sin más criterio que la simple negación de la veracidad de nuestras fuentes. Mediante el brillante uso de la metodología ya señalada, Martínez-Pinna desgrana las noticias que tenemos sobre estos monarcas y, ante todo, de su actividad política y de las instituciones promovidas o creadas por ellos. El resultado es un panorama dotado de una enorme coherencia que, si bien no permite aceptar en bloque la tradición literaria, plagada de elementos novelescos y añadidos tardíos, sí sirve para rechazar cualquier hipótesis que se limite a negar la historicidad de estos monarcas y de su labor de gobierno.

Para lograr la construcción de esta sólida visión de la Roma monárquica, el autor recurre al análisis pormenorizado de determinados elementos señalados por las fuentes como característicos de los diversos reinados de esta época. El estudio de instituciones tales como los *Ludi Romani*, la celebración del triunfo, así como de determinados enclaves urbanos –a saber, el templo de Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio, el Foro, la Regia, el *Comitium*...– permite, en primer lugar, demostrar que el origen de los mismos en un contexto monárquico resulta totalmente posible y coherente, y entender, además, todas las implicaciones y la simbología que estos elementos tienen en época republicana. No menos clarificador resulta el estudio del ejército arcaico, siempre puesto en relación con las estructuras civiles de la Urbe y, en concreto, con la reforma que, según la tradición, llevó a cabo el monarca Servio Tulio.

En definitiva, en manos del profesor Martínez-Pinna, los datos arqueológicos, epigráficos, antropológicos y literarios logran combinarse entre sí y encajar de tal modo que el siempre oscuro y difícil rompecabezas que constituye la Roma monárquica presenta un panorama claro, sólido y coherente, que todo investigador del Mundo Antiguo debería tener en cuenta en sus propias obras, tanto por las conclusiones que del mismo pueden obtenerse, como por la impecable metodología empleada en su consecución.

Luis Manuel LÓPEZ ROMÁN
Universidad Complutense de Madrid

Antonio MORENO HERNÁNDEZ (coord.), *Julio César: textos, contextos y recepción. De la Roma Clásica al mundo actual*, Madrid, UNED, 2010, 558 pp.

«Cabezas claras» –afirma Ortega y Gasset–, «lo que se llama cabezas claras, no hubo probablemente en todo el mundo antiguo más que dos: Temístocles y César; dos políticos», y matiza después «el que vislumbre bajo el caos que presenta toda situación vital la anatomía secreta del instante; en suma, el que no se pierda en la vida, ese es de verdad una cabeza clara» (*Las atlántidas y del imperio romano*, Madrid, El

arquero, 1976, pp.183-184). Se podría aludir a muchísimas citas semejantes a esta, pues es casi unánime la idea de César como hombre extraordinario –entendiendo este término en su sentido literal de «fuera de lo normal»–, pese a que la estimación que de él se tenía oscilase entre la más ínfima calificación –el iniciador de la tiranía en Roma– hasta el exacerbado ensalzamiento –«el hombre completo», como lo calificaba Mommsen. Y es que la figura de César no ha dejado ni deja indiferente a todo aquel que se aproxime, aunque sea como mero espectador, al mundo antiguo. Como ya nos recuerda en la introducción (pp.11-16) el editor de estas actas, A. Moreno, César fue un político crucial en la historia de Roma, un general excepcional al que grandes estrategias posteriores han intentado emular; su vida ha sido argumento de muchas composiciones ulteriores de muy diversos géneros literarios; y sus obras, además de su importante valor histórico y etnográfico, se han erigido como paradigma del latín clásico y han ocupado un lugar privilegiado dentro de los métodos de enseñanza del latín desde el Renacimiento hasta nuestros días.

La obra que reseñamos recoge veinticinco de las treinta y una conferencias y comunicaciones que se pronunciaron en el Coloquio Internacional sobre Julio César, celebrado en la UNED y en la Fundación Pastor de Estudios Clásicos en noviembre de 2008. En este extenso volumen los colaboradores, filólogos de diversas disciplinas –aunque en su mayoría de latín–, historiadores y especialistas en derecho, profundizan en aspectos concretos sobre César, algunos de los cuales suelen ser ignorados o tocados de pasada en muchos de los estudios cesarianos. La variedad de autores sin lugar a dudas enriquece la obra, pero conlleva a su vez ciertas desventajas, que en realidad son propias de las actas, como el hecho de que en distintos trabajos se repitan algunas ideas y de que no haya una linealidad argumental clara entre unos trabajos y otros. Las repeticiones, sin embargo, no están de más, si partimos de la idea de que este tipo de libros no suele estar concebido para ser leído de seguido. La segunda objeción se ha conseguido enmendar agrupando los artículos en seis bloques temáticos.

El bloque inicial lleva por título «La obra de César y su interpretación» y recoge seis estudios. El primero de ellos, «El género historiográfico de los *Commentarii*. Los *Commentarii* de César» (pp.19-44), corre a cargo de E. Sánchez Salor, quien ilustra por medio de ejemplos extraídos de las obras de César cómo estas cumplen los requisitos expuestos por los antiguos, sobre todo Sempronio Aselión (fr.1-2) y Cicerón (*de or.*2.63), para adscribirse al subgénero historiográfico de las *historiae*, con la única salvedad de que en los *Commentarii* el historiador es también protagonista. En el segundo trabajo, «*Nostris – Caesar, the Commentaries and understanding the Roman Army*» (pp.45-59), A. Goldsworthy comenta la inestimable información aportada por César acerca del ejército, sus tácticas, las formaciones militares y las distintas formas de liderazgo. Para ello el autor retoma, de manera clara y didáctica, algunas ideas de su obra *El ejército romano* (Madrid, Akal, 2005, sobre todo pp.46-49). En «Las arengas militares en la obra de Julio César» (pp.61-85), C. Chaparro sigue la estela ya iniciada hace unos años sobre el estudio de los discursos militares y que se plasma en el libro *Retórica e Historiografía: El discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento*, Madrid, J.C. Iglesias Zoido

(ed), 2007. Su autor hace acopio de todas las arengas aparecidas en las obras de César y las clasifica en base a sus partes compositivas, los tópicos, el emisor, las personas a las que van dirigidas y la finalidad, poniendo énfasis en el aspecto retórico de la misma. No es del todo cierto, por tanto, lo que de este tipo de discursos decía Mommsen: «La arenga, buena o mala, efímera por naturaleza, no es en sí una obra literaria» (*Historia de Roma IV*, Barcelona, RBA, 2006, p.625). «Le siège de Munda en 45 avant J.C.» (pp.87-100) y «El camino que lleva a Otogesa» (pp.101-112) de Y. Le Bohec y P. Quetglas respectivamente estudian dos aspectos puntuales del *Bellum Hispaniense* y *Bellum ciuile*. El primero de ellos trata varios puntos no esclarecidos por la crítica sobre el asedio a la ciudad de Munda, entre ellos si participaron galos en el cerco como auxiliares o si César mandó construir un *uallum* con los cadáveres de los partidarios de Pompeyo muertos en combate. El segundo propone la identificación del enclave de Els Castelletts (Mequinenza) con el *oppidum* de Otogesa que menciona César y para ello se basa tanto en las referencias de la obra cesariana como en los trabajos arqueológicos llevados a cabo en la zona, lo cual demuestra la importancia para la filología clásica de aunar disciplinas varias. En el último estudio de este apartado, «¿*Gallias Caesar subegit* o *Caesar Gallias subegit?*» (pp.113-125), J. Luque aborda los nueve septenarios populares que se conservan dedicados a César y propone una nueva estructura para uno de los cantos triunfales transmitido por Suetonio (*Iul.*49,4).

El segundo bloque, «La tradición textual de los *Commentarii*», engloba tres trabajos elaborados por A. Moreno y dos miembros del proyecto de investigación que él mismo dirige y que se centra en la tradición textual y literaria de la obra de Julio César. En el primer estudio, «En los albores de la crítica del texto de César: El prefacio de Giovanni Giocondo a la edición aldina de los *Comentarii* (Venecia, 1513)» (pp.129-52), A. Moreno reproduce y comenta el prefacio que Giocondo hace a los *Comentarios* de César, donde se presenta como un filólogo clásico *ante litteram* al hacer una defensa del arte de la enmienda de los textos corruptos y al formular los criterios oportunos para realizar la edición. En el siguiente artículo, «El manuscrito Leidensis Voss. Lat. F 90 en la tradición textual del *Bellum Gallicum* de César» (pp.153-165), A.J. García señala el lugar que dicho manuscrito del siglo XIV ocupa en el *stemma codicum* de esta obra de César. Finalmente, M. Isidro con su trabajo «Íñigo de Ávalos y el texto del *Bellum Gallicum* de César en un escriptorio milanés» (pp.167-196) destaca la importante labor que este mecenas ejerció en la transmisión del texto de César. Cabe aquí referirse, por ser una muestra más de los trabajos nacidos del proyecto de investigación ya mencionado, al apéndice realizado por A. Moreno que aparece al final de la obra intitulado «Recepción textual y literaria de la obra de Julio César: bases bibliográficas para el estudio de su pervivencia en España» (pp.529-558) que recuerda los útiles artículos de actualización científica que aparecían en la ya extinta revista *Tempus*.

«Historia, política y derecho» es el título del siguiente bloque. G. Hinojo inaugura esta sección con su contribución, «Visión e intuición políticas de César. Su proyección posterior» (pp.199-219). Partiendo de la prematura muerte de César, de lo deformada que aparece su imagen en las fuentes antiguas y de lo difícil que es, en

consecuencia, intentar extraer una concepción política de César coherente, intenta arrojar algo de luz en este tema y para ello comenta las acciones políticas más relevantes de César, los primeros capítulos de su *Bellum ciuile*, que es donde se hacen más evidentes sus intenciones políticas, y la decisión de crear una dictatura perpetua. «*Julius Caesar, legislator et orator*» (pp.221-234) es el título del siguiente trabajo, que corre a cargo de M.J. García Garrido. En éste se abordan las reformas administrativas, económicas, legislativas y sociales realizadas por César, las cuales anticiparon en cierto modo la forma de gobierno del Principado. En «Política belicista de César en Hispania» (pp.235-263), J. Cabrero y P. Fernández Uriel disertan sobre las distintas estancias de César en Hispania, primero como cuestor en la *Vlterior*, luego como pretor y finalmente durante la guerra contra los pompeyanos, y analizan las consecuencias políticas, económicas y sociales de esta vinculación con Hispania, provincia de la que se sirvió César para impulsar su carrera. «Como todos los genios de la propaganda» –dice Mariner en un artículo sobre el mismo tema– «zahorí de la penetración psicológica colectiva, César había visto, con mirada de coloso que ahora algunos gustarían de llamar profética, que en Hispania crecía Roma misma, y que Roma creía en Hispania», «Hispania como tema político en la obra de Julio César», *Cuadernos de la Fundación Pastor* 15 (1969), p.106.

La cuarta parte, «En torno a César en la literatura latina», está formada por tres trabajos. J.C. Fernández Corte, en «César en los líricos latinos: Catulo y Horacio» (pp.267-283), intenta dilucidar si en las ocasiones que Horacio cita el nombre de César lo hace refiriéndose a Julio César o a Augusto e insiste en la influencia que Catulo ha ejercido no sólo en estas referencias sino también en toda la obra de Horacio, incluso en las denominadas odas romanas, donde aparentemente la crítica ha tendido a no ver una continuidad. El siguiente trabajo, «Presencia o ausencia de César en la *Eneida*. En torno a la *Eneida* I 286-296» (pp.285-300) de D. Estefanía, está íntimamente ligado con el anterior, pues se estudia la ambigüedad con que Virgilio utiliza el nombre de César. Con el fin de esclarecer esto se estudian los distintos testamentos de César y la presencia de Octavio o no en ellos; y se comparan los versos virgilianos con los de Ovidio al final de sus *Metamorfosis*. La ambigüedad de estos poetas a la hora de nombrar a César sería, creemos, intencionada, porque tanto Virgilio como Horacio vivieron la guerra civil y podían intuir las consecuencias de apoyar un bando u otro. Ovidio, en cambio, sería el ejemplo del primer escritor augusteo *stricto sensu*, pues empezó a componer cuando Augusto ya era emperador. Por ello no tiene ningún impedimento en culminar sus *Metamorfosis*, compuestas en torno al 8 d.C., con la apoteosis de Julio César, dicho ahora sí sin ambigüedad ninguna. J. Lorenzo presenta a continuación su aportación «Una imagen de César deformada por Lucano en los talleres de retórica» (pp.301-321), donde se estudia el distorsionado y retorizado retrato que hace Lucano de César en su *Farsalia*, en el que se le despoja de la virtud de la *clementia* –que la mayoría de historiadores clásicos tienden a atribuirle– y se le achaca la *crudelitas*, el *uitium* más común del tirano retórico.

La quinta sección, la más extensa de todas, lleva por título «Modalidades de recepción del Renacimiento a la Ilustración» y en ella se dan cita trabajos que versan sobre obras de lugares y tiempos dispares, pero que en cierta forma se complemen-

tan entre sí. V. Brown en «Julius Caesar in Renaissance Literary Biography» (pp.325-340) se centra en la biografía de César elaborada por Johannes Rhellicanus en el s. XVI y toca de pasada otras anteriores y posteriores que nos permite calibrar el tratamiento que de César se hacía en el Renacimiento; una época en la que en cierta forma se «descubre» a César como modelo de dirigente que aúna genio militar y capacidad intelectual. J.I. Velázquez en «Julio César a través de la literatura francesa: entre el *César* de Grévin y la *Mort de César* de Voltaire» (pp.341-363) destaca cómo el dictador romano —y sobre todo su dramática muerte— se vuelve un material argumentativo recurrente en el teatro francés y, más concretamente, en las obras dramáticas de Grévin y Voltaire. El estudio de A. Ballesteros, «Las obras romanas de Shakespeare como paradigma de subversión política en la Inglaterra isabelina: el ejemplo de *Julius Caesar*» (pp.365-383), viene a recordar lo importante que son las circunstancias externas en la composición de una obra y cómo el autor consigue —por medio de *Julio César* en este caso— enmascarar situaciones y personajes contemporáneos a su época en obras basadas en la Antigüedad. De esta forma, sostiene el autor, que en el *Julio César* de Shakespeare se puede identificar al dictador con la reina Isabel I. «Las notas críticas de Pedro Chacón al *Bellum Gallicum* de Julio César» (pp.385-398) de J. Moraleda estudia los distintos estadios de redacción de las notas efectuadas por este erudito (s. XVI) y su relación con Fulvio Ursino y otros humanistas europeos, siguiendo así una línea de investigación muy semejante a los trabajos del segundo bloque sobre la tradición textual de la obra de César. En «'El retrato de la puente (de César) y el modo de edificarla' en la interpretación de los comentarios humanistas» (pp.399-424) de M.^a V. Fernández-Savater, se analiza la controversia suscitada en autores como Juan Lorenzo Palmireno o Zurita sobre el texto de César en el que se describe la construcción del puente sobre el Rin y se acompaña el trabajo con interesantes ilustraciones. G. García-Alegre, en su aportación «Unas anotaciones escolares a los *Commentarii* de César (1574): la enseñanza del latín del príncipe Felipe, futuro Felipe III» (425-440), estudia las anotaciones aclaratorias y lingüísticas que aparecen en la mencionada edición de las obras de César. El último trabajo de esta sección se titula «César, ejemplo y aviso para príncipes. En torno a su recepción en el pensamiento político del Barroco español» (pp.441-464) y es obra de A. Martínez, quien revisa cómo es tratado César en las composiciones de los escritores políticos barrocos, poniendo especial énfasis en cómo la suerte corrida por el dictador puede advertir de las consecuencias de acciones tiránicas.

El último bloque se intitula «Apuntes sobre César en el mundo contemporáneo», formado por tres estudios. En el primero de ellos, «Tres autores en busca del personaje Julio César: Wilder, Brecht, Warner» (pp.467-491), A. Cascón aborda el distinto tratamiento que de Julio César han hecho los mencionados autores en sus novelas históricas. C. Calvo escribe la siguiente contribución, «Commemorating Shakespeare and Wartime Europe: *Julius Caesar* in 1916» (pp.493-506). En ella, la autora analiza el porqué de la decisión de representar en EE.UU. y varios lugares de Europa la obra *Julio César* de Shakespeare para conmemorar el tricentenario de la muerte del escritor inglés (1916). M. Wyke es la encargada de poner el broche de oro al libro con su trabajo «How to Like the Gallic War: Julius Caesar and an American Educa-

tion» (pp.507-25), donde se analizan las diferentes estrategias que los profesores empleaban para explicar a los estudiantes americanos de principios del siglo XX el *Bellum Gallicum*, obra de lectura y traducción para el segundo año de latín entonces y también ahora.

Esta obra, en suma, se erige como una útil herramienta para aquel que quiera profundizar en determinados aspectos de César y no sólo de César, ya que en algunos trabajos se ve cómo este personaje actúa de punto de partida para tratar temas que son cercanos a los intereses de los autores más que a la figura del dictador. Sin lugar a dudas, este volumen, fruto del esfuerzo del equipo de investigación dirigido por A. Moreno, hace que los estudios españoles sobre la tan emblemática figura de Julio César crucen las fronteras puramente españolas y adquieran una dimensión internacional. Pone asimismo su granito de arena en esa tendencia actual de revalorizar los estudios sobre César, de la que dan cuenta otras recientes obras como: *César. La biografía definitiva* de A. Goldsworthy (La esfera de los libros, Madrid 2007, trad. T. Martín Lorenzo) o *A Companion to Julius Caesar* (Wiley-Blackwell, Oxford 2009). Tal y como afirma A. Moreno en una entrevista para la revista *Saguntina* (VI, 2010, 38) al hablar del Coloquio que ha dado lugar a estas actas, «pretendíamos poner sobre la mesa las contribuciones actuales sobre su obra desde distintas perspectivas: la historia, el derecho, la crítica y el estudio de los textos, la historia del pensamiento político, su recepción en muy distintos terrenos, desbordando lo que sería solamente una visión limitada a lo filológico». Esta descriptiva reseña sirve, esperamos, para constatar dicha afirmación.

Esteban BÉRCHEZ CASTAÑO

José RIQUELME OTÁLORA, *Valores y construcciones participiales en el libro I de los Annales de Tácito*, vols. 3 y 4, Zaragoza, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2004, 202 y 149 pp.

Hace más de una década que el autor de esta exhaustiva monografía viene publicando sus investigaciones entorno a la construcción del participio y sus diferentes realizaciones sintácticas. Ya en 1994 vio la luz el primer volumen de esta serie con el nombre de *Valores y construcciones participiales en el libro I de los Annales de Tácito. La adjetivación del participio: funciones sintáctico-semántica, morfosintáctica y sintáctico-estilística*. A éste le seguiría el segundo trabajo, en el mismo año y misma editorial que la de los últimos volúmenes, titulado *Valores y construcciones participiales en el libro I de los Annales de Tácito. Estudio léxico-sintáctico de la sustantivación del participio*. En la primera, el autor consideraba todas las cuestiones relativas a la tipología de la categoría de la adjetivación participial, mientras que en la segunda trataba la sustantivación del participio. De tal manera, estos dos primeros volúmenes sirven de precedente para los estudios que ahora se reseñan, dedicados al participio concertado regente de aditamentación sintáctica y al ablativo absoluto respectivamente.

En el primero de los trabajos el autor se propone una coherente y concienzuda labor de análisis, estudiando en primer lugar las estructuras sintáctico-estilísticas más simples, para pasar progresivamente a las más complejas. Se divide a su vez en tres partes muy claras, sintáctica, estilística y semántica, a saber: a) estudio de todos los casos de construcciones participiales según su adimentación (pp.11-105), ya sean formas adverbiales, un ablativo agente, un complemento oracional simple o complejo, etc.; b) análisis de los recursos retóricos y estilísticos a partir del participio (pp.109-125), entre los que se encuentra la aliteración, el *homeoteleuton*, la síncopa poética, el polisíndeton, el políptoton, la anástrofe, las yuxtaposiciones o las *enumerationes*; y c) división temática según una clasificación exhaustiva que engloba los siguientes campos semánticos (pp.129-165): el de los seres inertes, el biofisiológico, el religioso, el sociopolítico, el militar y el psicológico-moral.

Con el mismo método estructural y mediante la división tripartita del análisis el autor propone en el segundo de los trabajos los siguientes apartados: a) estudio sintáctico de las construcciones de ablativo absoluto (pp.13-57): según las diferentes modalidades expresivas o mediante las equivalencias sintáctico-semánticas, como oraciones subordinadas de *cum* histórico, como un participio concertado, un ablativo «sociativo-instrumental», una subordinada condicional, etc.; b) estudio de los usos poéticos, fonéticos y estilísticos a partir de las formas de ablativo absoluto (pp.59-94), siguiendo el mismo protocolo que en el primer trabajo; y c) clasificación semántica (pp.97-113) basada en los mismos campos que se han destacado anteriormente.

Los objetivos del autor son, por tanto, claros y concisos, analizar desde tres diferentes niveles lingüísticos la totalidad de las formas participiales, bien concertadas, bien como ablativo absoluto, existentes en el primer libro de los *Annales* de Tácito. Para ello ofrece al final de la publicación, y es de agradecer, un apéndice a modo de clasificación de formas, lo que se convierte en una útil herramienta para el lector que busca un dato preciso acerca de esta forma impersonal del verbo.

El trabajo del Profesor Riquelme Otálora no sólo ayuda, por tanto, a comprender mejor la sintaxis del participio desde un punto de vista general, sino que aporta herramientas para el conocimiento del estilo de Tácito y de su prosa.

Israel VILLALBA DE LA GÜIDA
Universidad Complutense de Madrid

Jacqueline HAMESSE, *Repertorium initiorum manuscritorum latinorum Medii Aevi*, 4 vols., J. Hamesse curante, Slawomir Szyller auxiliante, Lovaina-la-Nueva 2007-2009, 658, 802, 792, 650 pp.

Uno de los problemas que todavía en nuestros días deben afrontar los estudiosos del pasado es la dificultad de acceder a las fuentes escritas conservadas. Ahora bien, saber cuántas y cuáles son esas fuentes y, al mismo tiempo, dónde se encuentran constituye el primer desafío y el primer problema para los investigadores. La segunda dificultad, y no menor, es lograr consultarlas.

Se han elaborado por ello numerosas recopilaciones, listas, inventarios genéricos o temáticos de manuscritos, principalmente medievales, en los que es ya posible localizar un elevado número de códices. Sin embargo, no todas las disciplinas están igualmente estudiadas en lo que respecta a sus fuentes. Así, la filosofía y la teología carecían hasta ahora de un instrumento que diera cuenta de las fuentes medievales conservadas en esos ámbitos. Si bien es cierto que existían hasta la fecha repertorios que atendían a un solo autor, como el catálogo de los manuscritos de Tomás de Aquino (*Codices manuscripti operum Thomae de Aquino*, recensuerunt H. F. Dondaine et H. V. Shoener cooperantibus sociis Commissionis Leoninae, Romae, Paris-Montréal, 1967-1985, Editores operum sancti Thomae de Aquino, 2, 3 vols.) o los que recogen iniciativas nacionales (como el *Catalogo di manoscritti filosofici nelle biblioteche italiane*, Florencia, 1980, Unione accademica nazionale. Subsidia al «Corpus Philosophorum Medii Aevi»), se echaba de menos una publicación de carácter general y planteamiento ambicioso que cubriese todo el ámbito reseñado.

Por esta razón, la reciente aparición de una publicación que se convertirá en instrumento imprescindible en el campo de los catálogos temáticos de manuscritos ha de ser saludada con alegría y gratitud. El repertorio de manuscritos filosóficos y teológicos medievales en cuestión, cuyo tercer volumen ha sido publicado en el 2009 y cuyo cuarto tomo –a juzgar por la regularidad de la edición de los anteriores tomos– verá la luz en breve, ha sido elaborado por Jacqueline Hamesse con la ayuda de Slawomir Szyller. Se trata del *Repertorium initiorum manuscriptorum latinorum medii aevi*. Sólo la autoridad de Jacqueline Hamesse bastaría para justificar la razón de la existencia de este repertorio y para garantizar la calidad y la utilidad del mismo, pues las aportaciones de la profesora de la Universidad de Lovaina ocupan, como es bien sabido, un lugar preeminente en la investigación del universo intelectual medieval, especialmente, en filosofía medieval y en el mundo de los instrumentos de trabajo de intelectuales durante el Medioevo, como florilegios, léxicos, traducciones, etc.

El proyecto de la elaboración de esta obra se remonta, según se señala en la introducción, a los años ochenta (p.VI), cuando J. Hamesse decide responder a la necesidad de un inventario de manuscritos de contenido teológico y filosófico semejante a los que ya existían en otros ámbitos. Es entonces cuando empieza a pergeñarse el repertorio, que prontamente se podrá consultar en su totalidad y que ha experimentado a lo largo de su elaboración algunos cambios respecto al proyecto original. Los autores subrayan, también en la introducción (p.V), y lo hacen con todo justicia, que la originalidad y el valor del compendio residen en el carácter inédito de la mayoría de la documentación utilizada. Es importante tener en cuenta que el notable volumen de este material forzó a modificar el proyecto original, pues en un primer momento del proyecto se decidió comenzar incluyendo las referencias de aquellos fondos o archivos sin publicar, para después adoptar las de los catálogos ya publicados. Sin embargo, la amplitud del material inédito y de reducida difusión recogido primeramente ha hecho imposible realizar esta ampliación hasta ahora.

Hemos de señalar que tal reducción no supone una grave merma de información, pues las noticias que sí recoge el *Repertorium* son precisamente las que resultaban más difíciles de obtener para el especialista. En efecto, se seleccionaron ante todo los

ficheros personales inéditos de L.J. Bataillon, G.J. Etzkorn, de los archivos del Centre Wulf-Mansion de la Université Catholique de Louvain (Louvain-la-Neuve), que se pueden consultar únicamente en la sede del Centre; del Wulf-Mansion Centrum de la Katholieke Universiteit Leuven, que se puede consultar por internet desde el propio Centrum; el «Fichero Kaeppli» del Istituto Storico Domenico (Roma), inaccesible en los años en que comenzaron las tareas de recopilación, pero disponible ahora en el mencionado instituto; los manuscritos recogidos en G.J. Mohan, *Initia operum Franciscanorum of the 13th – 15th Centuries*, fichero dactilografiado que es mucho más amplio que su artículo «Incipits of Logical Writings of the XIIIth-XVth Centuries» en *Franciscans Studies* 12 (1952) 349-489 (se puede consultar aquél *pro manuscripto* en la sede de Saint-Bonaventure y existe una copia en la Biblioteca Vaticana); el archivo del Pontifical Institute of Mediaeval Studies de Toronto, que se puede consultar únicamente allí; y por último, los manuscritos recogidos en A.J. Smet, *Initia commentariorum, quaestionum et tractatum latinorum in Aristotelis libros De anima saeculis XIII, XIV, XV editorum*. Pro manuscripto, Leuven 1963 (pp.VII-VIII). Como se puede observar, a pesar de que han pasado más de veinte años desde que comenzó la confección del catálogo, la inmensa mayoría de las referencias sigue siendo de muy difícil consulta (salvo que se viaje a la propia sede de las instituciones) o inaccesible, en el caso de los ficheros privados, que no se pueden consultar de ninguna manera. Por ello el *Repertorium* supone una impagable aportación de Hamesse al estudio de la filosofía medieval, pero sobre todo una eficacísima ayuda para los estudiosos, a quienes la ardua labor de rastreo de manuscritos latinos medievales filosóficos y teológicos que son desconocidos o permanecen desubicados resultará más asequible (y, en algunos casos, simplemente posible) gracias a este valioso instrumento.

En lo que se refiere a la organización y presentación de la información, es preciso señalar que la distribución originaria de la publicación iba a consistir en cinco volúmenes. Así se anunciaba en la introducción (p.IX), con cuatro volúmenes de incipits de manuscritos y un último de índices. Sin embargo, el desarrollo del trabajo ha hecho posible que se puedan condensar todos los incipits en tres tomos, los ya publicados, lo cual lleva a pensar que sólo se añadirá un cuarto tomo con dichos índices además de los *addenda* y *corrigenda*.

Un notable acierto lo constituye, sin duda, la organización de los manuscritos por incipit, ya que éste es el único método realmente fiable para la identificación de obras medievales –y en esto coinciden los grandes especialistas de la materia–, pues tanto sus títulos como su atribución a los autores son dudosas en gran parte de los casos. El catálogo permite buscar por incipit de la obra en los tres volúmenes existentes. En él –advierte Hamesse– debe buscarse también el comienzo de la obra tras el prólogo, pues éstos a veces se copian de manera independiente y pueden aparecer en obras distintas. El cuarto permitirá la búsqueda por autores y por bibliotecas, lo que proporcionará resultados más completos. Por otro lado, la información reunida en el repertorio procede de una base de datos con nueve campos en los que, según la autora, se han registrado los siguientes datos: *pericopa*, *incipit*, *auctor*, *translatio*, *titulus*, *bibliotheca*, *signatura*, *folia*, *numerus* (de la versión impresa que remite a los índices

finales). Para su consulta hay que tener en cuenta que las grafías de los manuscritos han sido uniformadas, de modo que deberá constatarse ante todo la convención gráfica adoptada en cada palabra.

Por otro lado, es innegable que con el tiempo, internet ha abierto inmensas posibilidades para la consulta de este tipo de obras, hecho que Hamesse destaca, por lo que propone que este repertorio esté accesible en línea en una segunda fase de su publicación, para que pueda ser actualizado, ampliado y corregido con futuras investigaciones.

Creemos que la monumental obra de Hamesse supone la culminación de una larga trayectoria investigadora en el área de los manuscritos medievales. Por otro lado, viene a llenar un vacío que existía específicamente en el ámbito de los manuscritos filosóficos y teológicos, dotando así con un instrumento de trabajo de primer orden a los especialistas en la materia, pero también a otros medievalistas. Por último, esta obra, a diferencia de lo que sucedía hasta ahora con catálogos semejantes en papel, por su vocación de continuidad en la red, esta llamada a constituirse en la gran obra de referencia de los manuscritos medievales gracias a las posibilidades que se abren para su actualización, corrección y ampliación. Los estudiosos de la Edad Media estamos de enhorabuena, pues tenemos un nuevo instrumento de trabajo, que, como tal, facilita enormemente la labor de búsqueda que constituye una parte fundamental de nuestra tarea.

Beatriz FERNÁNDEZ DE LA CUESTA GONZÁLEZ
Universidad Complutense de Madrid

Íñigo RUIZ ARZÁLLUZ, *La Vita Terrentii de Petrarca*, Roma-Padova, Editrice Antenore, 2010, XX-163 pp.

El breve texto sobre el que versa el presente estudio constituye un exponente ciertamente curioso de la filología petrarquesca, menos conocida que su obra literaria pero en modo alguno inferior a ésta: como alternativa a los diversos *accessus* –huelga decir que repletos de errores de toda índole– que encabezaban la mayoría de los manuscritos que circulaban en la época, y llevando a cabo una labor eminentemente humanística, Petrarca escribe esta introducción a Terencio eliminando todo aquello que no viniera avalado por las fuentes antiguas. En efecto, la llamada *Vita Terrentii* estaba destinada a introducir un manuscrito con las seis comedias terencianas; sabemos incluso que la intención de Petrarca era que precediera a una auténtica edición de Terencio preparada por él mismo, pues en la propia *Vita* se refiere a las características del texto terenciano que supuestamente sigue a continuación de su opúsculo, aunque no se ha conservado ni este Terencio ni ningún otro que contenga apostillas autógrafas de Petrarca (merece la pena señalar, porque está muy estrechamente ligado al libro que nos ocupa, que precisamente sobre la identificación de varios Terencios que descienden del que Petrarca tuvo en su escritorio y en cuyos márgenes dejó glosas y otras huellas de su lectura trata el mismo autor en un artículo que acaba de ver la luz: «Petrarca, el texto de Terencio y Pietro da Moglio», en *Quaderni petrarcheschi*, 15-16 [2010] 765-812).

El fin al que Petrarca había destinado esta *Vita Terrentii* hizo que la obra se transmitiera casi exclusivamente junto con las comedias del cartaginés y que no siguiera, en cambio, los caminos por los que se difundió el resto de los escritos petrarquescos. Se trata, por tanto, de una obra con una transmisión muy peculiar, cuyo análisis constituye la parte central del libro de Ruiz Arzálluz. En los cuatro primeros capítulos («Ramaz de la transmisión», pp.3-20; «La escuela de Pietro da Moglio y posibles variantes de autor», pp.21-48; «La familia b», pp.49-72; «La familia d», pp.73-92) el autor reconstruye minuciosamente la historia de la transmisión del texto dando cuenta de la posición que ocupa cada uno de los 84 manuscritos que transmiten la obra. Hay aquí varios momentos especialmente difíciles (puede verse al respecto el *stemma* de la p.16) entre los que cabe destacar la posición de la familia c, objeto del capítulo segundo. Esta familia está vinculada a la escuela boloñesa de Pietro da Moglio, amigo de Petrarca y destacado maestro de retórica, que llevó a término una gran edición de Terencio provista de un importante comentario; precisamente Ruiz Arzálluz, en el artículo antes citado, ha demostrado —contra la opinión dominante hasta ahora— que el texto terenciano del maestro Pietro depende del Terencio petrarquesco. La familia c pasaba hasta ahora por ser la que conservaba el mejor texto de la *Vita Terrentii* y, en efecto, contiene unas cuantas lecciones de apariencia más correcta que las de otras ramas de la transmisión: en el estudio que nos ocupa, sin embargo, se sostiene que se trata de un caso bastante típico de correcciones ‘humanísticas’ llevadas a cabo en el entorno de la escuela de Pietro que, en efecto, utilizó la *Vita Terrentii* en su propio comentario y que sin duda debió de leerla con sus alumnos a tenor de las glosas que acompañan el texto petrarquesco en varios de los manuscritos de esta familia.

En el capítulo quinto («Composición de la obra», pp.93-119), y valiéndose de las aportaciones expuestas en las páginas precedentes, Ruiz Arzálluz trata de extraer algunas conclusiones sobre la cronología de la composición de la *Vita Terrentii*. Las vinculaciones entre la *Vita* y una de las redacciones de la vida de Escipión (en el *De viris illustribus*) obligan a postular un momento en torno a 1340 —que es la fecha defendida hasta ahora para la *Vita Terrentii* por todos los especialistas—, mientras los datos de que disponemos para la presencia del *Chronicon* de Eusebio y Jerónimo en la biblioteca de Petrarca nos imponen como *terminus post quem* una data entre 1345 y 1347: el autor (puede verse una recapitulación en la p.101) opta por sostener la existencia de dos redacciones de las que sólo se nos conservaría la segunda, más una intervención puntual posterior. Esta solución, que podría parecer excesivamente sofisticada, no desentona sin embargo en el proceder habitual de Petrarca. El capítulo continúa con un análisis de la *Vita Terrentii* en el que casi cada frase o cada pasaje del opúsculo petrarquesco se explica a la luz de sus fuentes. Aquí es donde mejor se ve al Petrarca filólogo y erudito: resulta admirable cómo, a partir de unos materiales tan deturpados y a base no sólo de erudición sino de un espíritu crítico afiladísimo, Petrarca acierta a recoger los datos más fidedignos y a rechazar otros falsos que, sin embargo, pasaban por verdaderos para los mejores de sus contemporáneos. En este sentido reviste una importancia excepcional —no tanto por su valor intrínseco sino, una vez más, por tratarse de una operación filológica deslumbrante— que Petrarca

fuera capaz de detectar el error –avalado por Orosio– que identificaba al comediógrafo con el senador romano Terencio Culeón (últimamente se había puesto en duda la primacía de Petrarca en este descubrimiento y se la había atribuido a Landolfo Colonna: parece que ahora Ruiz Arzálluz trata de refutar esta teoría, devolviendo el mérito a Petrarca, en un trabajo que él mismo cita [p.102 n.23] pero que no hemos podido ver: «Terencio, Landolfo Colonna, Petrarca», en *Studi petrarcheschi*).

Como capítulo sexto («La *Vita Terrentii*», pp.120-149) se nos ofrece una edición crítica del texto realizada a partir de la totalidad de los testimonios: le precede una breve exposición de los criterios utilizados y una lista de los manuscritos (que, según se reconoce expresamente, depende del elenco establecido por Claudia Villa años atrás). Entre los petrarquistas es costumbre editar los textos de acuerdo con la grafía que utilizaba el autor y que conocemos a partir de los numerosos autógrafos que se nos han conservado; ciertamente, se trata de una práctica perfectamente justificada –aunque quizá cabría decir lo mismo de la contraria–, pero que con frecuencia puede resultar también un tanto incómoda, y ésta es la explicación de la grafía *Terrentius* (véanse los detalles en p.122 n.7). El texto, en el que se ha introducido una numeración por párrafos, viene acompañado de un aparato crítico en el que el autor aplica el *stemma* levantado en los capítulos precedentes, de un aparato de fuentes en el que, lógicamente, se ordena y recoge buena parte del material presentado a lo largo del libro, muy principalmente en el capítulo quinto, y de una traducción española ‘a frente’ en la que no hemos encontrado nada censurable. Cierran el volumen un «Índice de nombres y obras» y un «Índice de manuscritos», algo que siempre es muy de agradecer.

Aunque, según reconoce el propio autor (p.X), su principal objetivo no era llevar a cabo una edición crítica del texto petrarquesco sino poder disponer de una historia de su transmisión, hay que destacar que se trata de la primera edición de la *Vita Terrentii* realizada con criterio filológico –y su traducción, si no me equivoco, la primera que se hace a cualquier lengua–. Dentro del ámbito de los estudios sobre Petrarca –un terreno, por cierto, muy celosamente custodiado– el libro de Ruiz Arzálluz cumple una función evidente: reconstruye la historia de una obra de Petrarca –breve y marginal, pero por esto mismo especialmente interesante–, aporta novedades al conocimiento de la labor filológica realizada por el padre del Humanismo sobre el texto de Terencio y pone en manos de los interesados una edición fiable de un texto que hasta ahora sólo podía leerse en un estado muy deficiente. Fuera de este campo, el presente estudio interesa también a quienes se ocupan de la filología terenciana medieval y, más en general, de la transmisión del texto de Terencio en ese momento crucial que constituyen los últimos siglos de la Edad Media y el primer Humanismo: un elemento esencial de esa historia son precisamente todos estos *accessus*, *vitae*, epigramas, etc., depositarios de la erudición de la época, sobre los que versan muchas de las páginas de este trabajo de Ruiz Arzálluz, puesto que es en esta tradición donde se sitúa, aunque sea para renegar de ella, la *Vita Terrentii* de Petrarca.

Juan LORENZO LORENZO
Universidad Complutense de Madrid

Jesús M^a NIETO IBÁÑEZ (coord), *Pedro de Valencia. Obras completas. X. Traducciones*, León, Universidad de León – Instituto de Humanismo y Tradición Clásica, 2008, 332 pp.

Rendimos cuenta en estas páginas del número 34 de la *Colección de Humanistas Españoles* y en concreto del volumen X de las obras de Pedro de Valencia, cuyo estudio y edición ya alcanza la veintena de años, realizándose en el marco de investigaciones sobre éste y otros humanistas, como Cipriano de la Huerga, Cristóbal Méndez, Jaime Juan Falcó, Ruiz de Morales, Arias Montano, Juan de Jeréz, Lope de Deça, Terrones del Caño, Gaspar de Grajar, Hernán Cortés y Alonso de Herrera, en cuyas obras han profundizado diferentes investigadores en un primer momento bajo la meritoria dirección del tristemente desaparecido Prof. Gaspar Morocho Gayo. El volumen que nos ocupa está coordinado por el Prof. Jesús M^a Nieto y en él participan diferentes y cualificados estudiosos, como a continuación se reseñará, que analizan la importante obra de traducción del helenista zafreño.

El volumen se abre con el Índice general (pp.7-8) y unas páginas de presentación (pp.9-10) firmadas por el Director científico de la colección, Prof. Jesús Paniagua Pérez. Una breve noticia (pp.13-15) a cargo de Jesús M^a Nieto introduce al lector en la insigne obra del excelente humanista que fue el extremeño Pedro de Valencia (Zafra, 1576).

Al Prof. V. Bécares Botas corresponde un estudio previo (pp.17-34), en el que se exponen las características de Pedro de Valencia como traductor de textos griegos, lo que significa también conocer la biblioteca del maestro extremeño, así como penetrar en el siempre azaroso campo de los gustos y criterios filológicos del mismo. Para ello el autor propone los siguientes puntos: 1) formación helénica de Pedro de Valencia; 2) contenidos de su biblioteca griega; 3) formas de lectura; 4) formas de escritura; y 5) traducciones griegas.

A partir de la p. 35 comienza el estudio sobre las traducciones latinas (apartado I: pp.35-165). Bajo este epígrafe se editan y estudian tres traducciones de autores griegos al latín, las del *De igne* de Teofrasto, el comienzo de la historia de la guerra del Peloponeso de Tucídides y el *Lapidario* de S. Epifanio. Las dos primeras se conservan en sendas versiones autógrafas en el ms. 6322 de la Biblioteca Nacional de Madrid, mientras que la tercera, en copia alógrafa, se encuentra en el ms. 5585 de la citada biblioteca. Digamos ya que los textos van acompañados de un complemento crítico. En las pp.37-45 Antonio M^a Martín Rodríguez expone los criterios de transcripción y edición seguidos para estas tres obras, como editor que es de los tres textos. El *De igne*, terminado en Zafra el 2 de junio del año 1591 por Valencia, ocupa las pp.47-73 y va precedido por un listado de signos y abreviaturas, al igual que las otras dos obras. El estudio y comentario (pp.75-92) corre a cargo de M^a de la Luz García Fleitas, quien analiza las versiones alternativas, referencias a la oscuridad del texto, glosas griegas, lecturas divergentes, correcciones textuales de todo tipo, etc. Las pp.93-112 están consagradas a la edición de la traducción de Tucídides, concretamente del comienzo del libro I (1-26), y el comentario (pp.113-128), que sigue un orden temático idéntico al anterior, es también de García Fleitas. Por último, la edi-

ción del *De lapidibus* de S. Epifanio de Chipre ocupa las pp.129-140, y el estudio y comentario (pp.141-165) –en este caso a cargo de Jesús M^a Nieto Ibáñez– aborda tanto la tradición naturalística y la tradición exegética de este tipo de obras, como el contenido del tratado, la tradición mineralógica grecolatina, los manuscritos de S. Epifanio contenidos en las bibliotecas españolas y las diversas cuestiones textuales que afectan a la técnica de edición del *De lapidibus*.

Las traducciones al castellano (apartado II) ocupan las pp.167-280. La primera versión corresponde al *Discurso sobre el retiro* de Dión de Prusa (pp.167-181), cuya edición está a cargo de Sergio Fernández López, mientras que el comentario (pp.183-202) es obra de Jesús M^a Nieto, quien analiza la influencia del prusense en la obra del humanista extremeño y, a continuación, las características resultantes de su versión al cotejarla con el texto griego. El discurso primero del *Corpus Lysiacum*, conocido como *En defensa de la muerte de Eratóstenes* –sin duda uno de los más célebres–, ocupa el segundo lugar; si bien no se trata de una traducción del discurso completo, sino del proemio, la *propositio* y el comienzo de la *narratio*. La edición de la traducción (pp.208-221), así como el comentario (pp.209-211), en el que destacan unas valiosas notas textuales, ha sido realizados por Felipe Hernández Muñoz. El tercer apartado es para Epicteto, cuya edición (pp.213-221) y comentario (pp.223-242) corren a cargo de Jesús M^a Nieto Ibáñez. Epicteto es un autor con gran tradición dentro del humanismo dado el carácter filosófico y moral de sus *Pláticas*. La versión castellana de Pedro de Valencia es analizada pormenorizadamente por Nieto, tratando de desentrañar todos los procedimientos y recursos seguidos por el maestro extremeño. El último apartado está dedicado a una selección de discursos del orador Demóstenes, precedida de unos criterios de edición y de la carta enviada por Valencia a D. García de Figueroa, ayuda de cámara de Felipe III. La edición (pp.243-264) es de Rafael González Cañal y el comentario, con un apéndice que intenta reproducir el texto griego traducido por el zafreño (pp.265-280), de Ángel Ruiz Pérez.

El capítulo final del volumen está consagrado a un apéndice (pp.281-313), elaborado por José Manuel Floristán acerca de Pedro de Valencia, como traductor regio de Felipe II, y al interesante contexto histórico que vive España de cara al exterior, incluyendo cinco documentos epistolares, que a continuación vienen reproducidos en su versión manuscrita; estos originales han sido impresos con gran nitidez.

El volumen se cierra con un oportuno y siempre útil índice onomástico (pp.315-332), obra de Raúl López López.

Este tipo de obras colectivas, producto de la industria y del concurso de diversos especialistas, representa un punto de referencia del buen hacer que en la actualidad desarrollan algunos grupos de investigación en España. La circunstancia de una intervención plural en el volumen que aquí reseñamos no supone unos criterios dispersos e incluso antagónicos, como frecuentemente podemos observar en este tipo de obras, sino que se percibe una minuciosa planificación de tareas y unos parámetros comunes a la hora de realizar los estudios particulares. Estamos, sin duda, ante una obra benemérita y, por tanto, debe ser saludada su aparición con los honores debidos y el reconocimiento merecido. Es también de justicia advertir que a la calidad científica de las

ediciones y comentarios, hay que añadir que estamos ante un trabajo con una magnífica presentación editorial. Deseamos, pues, una pronta continuidad a una colección que, sin duda, prestigia los estudios humanísticos y clásicos en nuestro país.

Esteban CALDERÓN DORDA

Isaac NEWTON, *El templo de Salomón* (Manuscrito '*Prolegomena ad Lexici Prophetici partem secundam*'), Edición Príncipe, traducción española y estudio (segunda edición crítica revisada y actualizada con nuevo estudio) a cargo de Ciriaca MORANO RODRÍGUEZ, Madrid, C.S.I.C., 2009, LXXII + 4 sin numerar + 149 pp.¹

Como ya se desprende de la ficha bibliográfica y de la apostilla que me ha parecido conveniente añadir en nota, sobre las particularidades de la numeración de sus páginas, se trata de una publicación muy cuidada y minuciosa, en la que con todo rigor y detalle se observan los requisitos y condiciones más exigentes de una edición crítica de un texto latino autógrafo (reproducido en facsímil, como ya apunté), acompañada de una también cuidada y elegante versión al español y enriquecida e ilustrada, además, con los interesantes comentarios, datos y pertinentes observaciones que sobre la obra y su autor se presentan en un amplio y documentado «Estudio Preliminar», el cual vuelve esta edición, crítica y bilingüe, además, en cierto modo, comentada. Con ello, también en cierto modo, ya está dicho todo, pero lógicamente, esa conclusión de esta reseña requiere la exposición de sus premisas, esto es, una presentación más detallada de los contenidos de este libro que justifique la valoración tan positiva aquí ya formulada.

Se abre la publicación, tras el «Índice General», con una nutrida nota de «Agradecimientos», que remoja los formulados ya en la primera edición, prolongados ahora a las personas que han contribuido en la preparación y aparición de «esta segunda edición crítica revisada y actualizada con un nuevo estudio», así como, en particular, a las que han ayudado a su autora en «dificiles circunstancias relacionadas con esa obra, a las que aludo en la introducción» (p.XII). También en el «Prólogo», que sigue a esa nota, redactado por el Dr. Luis Alberto de Cuenca (con fecha de diciembre de 2008), una vez destacado el mérito extraordinario de la edición e interpretación de este texto, en el que abundan 'intrincados' pasajes, cuya explanación avala y acrisola la calidad o rigor filológico y otras virtudes de este trabajo, así como su interés y utilidad, se refiere el ilustre prologuista en estos términos a aquellas "dificiles circunstancias" antes mentadas por la autora:

Este *Templo de Salomón*, que contiene la edición crítica del autógrafo de Newton *Prolegomena ad Lexici Prophetici partem secundam*, ha visto ya dos veces la luz..., y ahora inicia su tercera salida editorial (en 1996 apareció la *editio princeps*, y en 1998 una reimpresión de la misma), cuando la investigadora Morano anda ya sumergida en

¹ La numeración de estas 149 pp. corresponde a hojas en la práctica totalidad del facsímil, mientras que en el texto de la edición bilingüe [74-134] el vuelto de una hoja, con el texto latino, lleva el mismo número que el recto de la siguiente, con la traducción castellana.

otros quehaceres, relacionados siempre con la copiosa obra inédita de Newton. Y lo hace cuando ha aparecido en Internet, dentro de la web de un proyecto británico, otra edición de los *Prolegomena*, que se inspira hasta el plagio en la tarea filológica previa llevada a cabo por la estudiosa española. (p.XIII).

Parece, pues, que aquel *Hispanica non leguntur!*, tal como protestaban algunos de nuestros maestros, se ha transformado –y no por arte de ‘birlibirloque’, sino, más bien, diría yo, lógica o consiguientemente– en este *Hispanica compilantur!* Pero dejemos aquí este lamentable episodio, sobre el que, como antes ya indiqué, vuelve la propia autora en la «Introducción a la Segunda Edición» (*cf.*, especialmente, p.XXI), en la que se ponderan las dificultades –también antes apuntadas– de esta empresa científica y filológica, a la par que se resalta el interés y extraordinario impacto e influencia de este trabajo, pionero sin duda, en el ámbito de la investigación de esa producción literaria newtoniana inédita y/o absolutamente desconocida incluso para tantas y tantas personas cultas y estudiosas de la Filología o cultivadoras de la Teología y la Exégesis bíblica. Por lo demás, y puestos a sacar bienes de males (aunque para el que los sufre personalmente, no represente esta consideración consuelo ni justicia), ese ‘préstamo inconfeso’ y deuda no reconocida o, dicho en los términos que ya empleaban nuestros clásicos (*cf.*, p.e., *Cic.Brut.* 76; *HOR.Sat.* 1.1.120-121; *MART.* 11.94.2-3), esa furtiva compilación y ‘subtracción’, no deja de encerrar y comportar, una vez puesta al descubierto, un nuevo testimonio del valor y mérito de la tarea realizada por la Dra. Morano: no suele ‘compilarse’ lo que es vil o no vale.

Y es que, efectivamente, la denuncia de ese plagio y reivindicación del propio trabajo se halla inserta en la exposición o panorama histórico, que ofrece esta Introducción (con la consiguiente justificación de la aparición de esta segunda edición revisada y actualizada), de la génesis, avatares e influencia de ese trabajo, que fue reimpresso a los dos años de su primera edición (en 1996, como antes recordamos) y constituyó no solo la primera piedra y sólida base del proyecto que dirige la Dra. Morano de la edición crítica de textos latinos newtonianos inéditos, comenzando por los de índole teológica, sino también ejemplo y estímulo para otras investigaciones análogas por parte de otros autores, que se plasmaron en importantes y numerosas publicaciones, ediciones y estudios sobre esa producción inédita de Newton en lengua inglesa y latina. De modo que sin vanagloria ni jactancia alguna, sino con toda verdad y justicia, puede afirmar la autora: «No es exagerado decir que la edición de los *Prolegomena* está en la base de este movimiento editorial de inéditos teológicos newtonianos de los últimos años...» (p.XX).

A esa interesante Introducción sigue aquel extenso y, sobre todo, riguroso y documentado «Estudio Preliminar» (pp.XXIII-LXXII), cuya utilidad y valor ya antes destacué. En efecto, a lo largo de esas densas y meditadas páginas la Dra. Morano, con notable diafanidad, define –en la primera parte de ese estudio– la naturaleza de ese tratado (que no es una simple memoria sobre las medidas del Templo de Salomón calculadas con la mayor precisión y seguridad posibles, pues tal construcción es, por una parte, anuncio o imagen de la Jerusalén celestial y, por otra, plasma la *ratio geometrica* que preside y explica toda la creación) y su lugar en el ámbito de la producción teológica de Newton, en buena parte casi absolutamente desconocida durante más de dos si-

glos; con ello, también la valoración de la figura y pensamiento de Newton experimenta la debida revisión, comenzando por la superación de su imagen tradicional como un genial hombre de ciencia, matemático y físico, exclusivamente, para a continuación tratar de entender y apreciar mejor la relación entre su ciencia y sus creencias. En la presentación de esa obra exegética y teológica de Newton, en el marco, a su vez, del racionalismo imperante en buena parte del pensamiento y filosofía de la época, destaca la doctora Morano –acertadamente, a mi entender–, siguiendo el parecer también de otros estudiosos, la incidencia del cientificismo en los principios y ciertos criterios de la exégesis y teología de Newton –cuya Física, añado yo, llevó precisamente a Kant, a un ‘reduccionismo’ análogo, al aplicar a la filosofía, en general, y a la Metafísica, en especial, que es la disciplina de objeto más universal, los principios y métodos de aquella prestigiosa Física newtoniana, según ha puesto de manifiesto E. Gilson, entre otros ejemplos –(presentados en su monografía, titulada en la traducción de la Ed. Rialp, *La unidad de la experiencia filosófica*), a lo largo de toda la historia de la Filosofía– de los inconvenientes o perniciosos efectos de tal, por así decir, sinécdoque epistemológica o ‘deformación profesional’, advirtiendo también ese filósofo y prestigioso historiador de la filosofía medieval, a propósito –creo recordar– del logicismo de Pedro Abelardo, cuyas excepcionales dotes dialécticas son bien conocidas, que «quienes no somos genios, hacemos muy bien en guardarnos de ser víctimas del genio ajeno». Tras presentar o apuntar esas cuestiones generales y profundas, sobre la concepción de la ciencia y la teología de Newton, trata a continuación la autora sobre aspectos más concretos, de índole filológica –objeto de la segunda parte de este estudio–, como la descripción del ilegible casi o de difícil lectura –‘endiablado’, diría yo– autógrafo en no pocos lugares; problemas de crítica textual y composición literaria, la cuestión de las fuentes, etc. También aquí la Dra. Morano conjuga admirablemente los datos y aportaciones de su investigación personal directa de los textos de Newton con los resultados y observaciones, críticamente incorporados o matizados, de otros muchos estudios y ediciones (recogidos, selectivamente, en la Bibliografía, que obra al final de la publicación, pp.139-149), de modo que estas páginas constituyen un eficaz medio para la cabal comprensión de esta obra de Newton y una valiosísima introducción sobre la personalidad y pensamiento de su autor, que no solo fue un físico genial.

La reproducción facsímil del autógrafo, en tamaño real, así como la edición bilingüe, se hallan precedidas de sendas, y minuciosas, aclaraciones sobre la presentación o disposición material del texto en esta publicación, habida cuenta de ciertas particularidades del autógrafo, explicadas ya con detenimiento en el estudio preliminar. También, en fin, la edición del texto latino y su traducción (complementados con el correspondiente índice de autores y obras citadas en la misma [pp.137-138]) pone de manifiesto la competencia, cuidado extremo o ‘acribía’ con que se llevó a cabo este trabajo, hasta en los más pequeños detalles. Únicamente, en la rigurosa y elegante traducción, preferiría yo en algún lugar, como, p.e., en el período inicial de la obra, una observancia más literal y ‘lógica’ de algunos nexos y expresiones (y más, si cabe, tratándose de un texto de quien se trata), así: *Inde fit ut...*, es traducido como «De aquí se deduce que...», pero Newton no presenta eso que sigue como una ‘deducción’ sino como un ‘hecho’; asimismo, la conjunción *enim*, que figura en la frase siguiente, yo la

traduciría con su valor ‘explicativo’ ordinario (‘en efecto, pues’), y no con el ‘ilativo’ (‘,pues,’) con que se recoge en esta versión. Pero, como indicaba, estos son reparos puntuales y discutibles, sin duda, que en absoluto empañan la corrección, elegancia y valor de la traducción. Rarísimas son también en toda la publicación las erratas o confusiones y descuidos materiales, como las que a continuación consigno con agradecimiento (a modo de mínima contribución o absolutamente desigual correspondencia a este valiosísimo trabajo): así, la ‘periférica’ *Propetici*, que incide en la contraportada, en lugar de la forma correcta *Prophetici*, que figura en la portada y en otros lugares de la obra; o, ya en el cuerpo de la publicación, en la p.117 (cap.40.49), se omiten en la traducción castellana («de bronce») los corchetes que encierran ese adjetivo en el texto latino (*[aeneae]*). También, por último, habría que sustituir, en la p.LIX, tratando precisamente sobre el corregido título de este opúsculo, la lectura errónea *allegoricam* por la correcta *allusionem*, que figura (tachada) en el autógrafo, tal como se puede apreciar, efectivamente, en el facsímil, y así se reproduce en las pp.LII y (en nota a pie de página) 74. Termino, pues, esta reseña, reiterando la excelencia y extraordinario mérito de este trabajo, fruto y semilla, a la vez de una continua, creciente y (así suele, un tanto tautológicamente, explicitarse ahora) interdisciplinar actividad investigadora sobre el pensamiento y escritos de Newton, tan desconocidos e insospechados para tantos, en el campo de la Teología y la Exégesis Bíblica.

Perfecto CID LUNA
Universidad Complutense de Madrid

Luis Alfonso HERNÁNDEZ DE MIGUEL, *La tradición clásica. La transmisión de las literaturas griega y latina antiguas y su recepción en las vernáculos occidentales*, Madrid, Ediciones Liceus, 2008, 460 pp.

Luis Alfonso Hernández de Miguel dedica su libro a ofrecer un panorama escueto y descriptivo de dos asuntos íntimamente ligados entre sí: por un lado, una visión general de la historia de la filología clásica y, por otro, la influencia de los clásicos grecolatinos principalmente en las literaturas española, francesa, italiana, anglosajona y alemana; ambos temas siguen un orden estrictamente temporal. Así lo anuncia él mismo en su introducción (p.15): «La exposición que queremos hacer (y por ello también nos diferenciamos de Highet y tenemos además pretensiones más «modestas» que él) está principalmente basada en la bibliografía existente y no busca aportaciones originales (por ejemplo, se reconoce deudora del mismo Highet en más de una ocasión), es predominantemente descriptiva y está privada de lo marcadamente doctrinal o ideológico, no desea ser demasiado extensa y, en fin, sigue un esquema claramente cronológico».

Este manual cuenta, fundamentalmente, con dos ventajas, que son la claridad expositiva y una ordenación rigurosa y sistemática, lo cual agiliza su consulta. Hernández de Miguel divide su trabajo primeramente en las grandes etapas cronológicas que se emplean en los estudios literarios, comenzando por la Edad Media y actualizando

su contenido hasta hoy día. A continuación, desglosa su exposición en dos tipos de capítulos, unos al principio de cada etapa literaria en los que aborda la recepción de los clásicos en la época pertinente, y otros en los que analiza la producción literaria de cada país que bebe de autores grecolatinos, ya sea directamente o por mediación de otros autores. Por último, dentro de la descripción de la influencia clásica en una literatura y una época determinados, realiza una última diferencia entre poesía, prosa y teatro. Gracias a esta manera de proceder, *La tradición clásica. La transmisión de las literaturas griega y latina antiguas y su recepción en las vernáculos occidentales* resulta más útil que el trabajo de Highet (*La tradición clásica*), de mayor profundidad teórica y ambición, al estudioso o aficionado que pretendan seguir el rastro literario de Grecia y Roma a lo largo de las letras occidentales, con las novedades, por si esto fuera poco, de prestar atención a la historia de la filología clásica y de ofrecer un mayor equilibrio en la extensión dedicada a cada país en concreto, aspecto que Highet pasó por alto al dedicar gran parte de sus esfuerzos a las letras inglesas. Cabe también señalar que, dentro de esta ecuanimidad, Hernández de Miguel se detiene especialmente en la recepción y empleo de los escritores grecolatinos que se da en España a lo largo de su historia literaria, estudio que nunca se había realizado de forma tan esquemática y omnicompreensiva. No sólo eso, sino que además lo ha actualizado en lo posible hasta la década que ha inaugurado el año 2000. Si bien es cierto que libros como el de Lida de Malkiel (*La tradición clásica en España*) o el colectivo y reciente *Antiquae lectiones*, por citar dos destacados, se ocupan de la tradición clásica, aquél no deja de ser una recopilación heterogénea de artículos; éste, en cambio, intenta ofrecer una continuidad en la transmisión, que comienza en Grecia y Roma, pero concluye en la Revolución Francesa y abarca mucho más que el apartado de la tradición literaria.

Como se ha dicho, son cinco los pilares en los que se sustenta esta obra: la literatura española, la francesa, la italiana, la alemana y la anglosajona; con todo, hay diversos apartados dedicados a una miscelánea llamada «otras literaturas» en las épocas correspondientes, que dan cuenta de hitos importantes en otros países, tales como Rusia, Polonia, Hungría, etc.; dicho lo cual, se echa de ver un mayor detenimiento en la literatura rusa y, sobre todo, ya que se intenta resaltar la importancia de la literatura española, la ausencia casi total de una descripción del legado clásico en los países iberoamericanos, punto sobre el que se excusa el propio autor en la introducción (pp. 15-16): «Somos plenamente conscientes de que algunos aspectos de nuestra obra pueden considerarse defectos de la misma. Es el caso de que [...] trate poco de la (sc. literatura) norteamericana y prácticamente nada de la hispanoamericana [...]. Se trata, sobre todo de que, de momento, queremos limitarnos a ofrecer lo fundamental de una materia enormemente desarrollada en la actualidad y, dentro de ello, lo que consideramos que puede interesar más al lector concreto para el que, en principio, hemos pensado nuestra obra: un español con intereses culturales por una u otra razón, pero no necesariamente especializado en nuestra disciplina».

Hay una última consideración que merece la pena poner de relieve y que insiste en lo útil de este estudio. Se trata de la bibliografía y de cómo está organizada, ya que ésta es amplia, pero sobre todo viene organizada en un apartado general al final de la introducción, y otro al final de cada capítulo que da cuenta de las fuentes que el

autor ha empleado para la redacción de los mismos. Se trata, por tanto, de un manual complementario a cualquier otro dedicado a la historia de las diferentes literaturas europeas y, por supuesto, de consulta recomendada para cualquier curioso que guste de rastrear las huellas de los clásicos en occidente.

Guillermo ALVAR NUÑO
Universidad Complutense de Madrid

Fernando LILLO REDONET, *Héroes de Grecia y Roma en la pantalla*, Madrid, Evohé Didaska, 2010, 335 pp.

La obra de referencia, con título claro y directo, es un estudio riguroso sobre la épica grecorromana en el cine. En la primera parte trata de héroes griegos: homéricos y épicos en general (Aquiles, Héctor, Ulises, Eneas «el héroe fundador», Perseo, Hércules, Jasón, Teseo). Luego históricos (Filípides, Leónidas, Damón y Pitias, Alejandro Magno). En la segunda recoge héroes de fuente latina: legendarios (Rómulo y Remo, Horacios y Curiacios, Mucio Escévola, Coriolano). Se incluye en esta parte al imaginario Máximo Decio Meridio «Gladiator»¹, *contaminatio* antropomórfica de cuantos héroes romanos consagró el cine americano, pero de interesante significación romana, en el cine, para el autor (p.219²ss.). Un segundo bloque romano recoge las figuras de los enemigos de Roma que han pasado de la historia a la leyenda cinematográfica.

Lillo expone con amenidad una investigación rigurosa y meritoria que supone el análisis minucioso de varias docenas de películas (76, si no he contado mal, cita en el índice onomástico de títulos), todas ellas relativamente populares en su época. Algunas de difusión masiva e influencia determinante en la cultura clásica popular. Pese al análisis a que me refiero, evidente en su documentación impecable, y en las notas adecuadas, el autor se inclina por asumir la descripción de hechos, de rasgos, de situaciones. Una decisión coherente con la intención didáctica que le mueve, y que no debería eclipsar la labor científica que ha realizado. Es un hecho que la élite sedicente investigadora –y más aún desde que aspira a la *excelencia*– mantiene aparte a los miembros de la tribu que muestran interés por que los receptores de su obra sean más, y se enteren. Pero *Héroes...* es un estudio que ha marcado un *corpus*, las películas de su filmografía; un objetivo, los héroes que difunden sus historias (es, pues, un estudio sobre épica en regla); un método, del héroe a sus circunstancias y su significación; unas fuentes literarias e históricas; unas referencias y múltiples excursiones intertextuales en cada capítulo. Si es didáctico, será porque se sigue bien y se lee con agrado. Valga, pues, recomendar este libro a quienes quieran saber sobre la más generalizada difusión real de los mitos y las leyendas clásicas, sobre la novelización filmada de las historias de Grecia y Roma.

¹ Que la *vox pópuli* convirtió en «Gladietior» por arte del título inglés y la publicidad televisiva.

² 221, en el índice. En el ejemplar que tengo entre las manos (no sé si habrá reediciones) se da un desplazamiento entre la paginación del índice y la real. En lo sucesivo, se indica siempre la página real de la referencia.

Lillo recorre ágilmente los variados rostros de Aquiles, colérico en *Helena de Troya* (p.14); generoso también en *La guerra de Troya* (p.15), preocupado por la fama que le concederá la inmortalidad en *Troya* (p.20), siempre y sobre todo, antagonista del noble Héctor. *Héroes...* se complace especialmente en la figura de Ulises, tal vez uno de los mejor tratados por la calidad media de las versiones filmicas; y le dedica a Eneas el tiempo que el héroe merece, aunque sus películas no hayan estado jamás a la altura. Ni la lamentable, aunque de guion esforzado, *La leyenda de Eneas*. Ni la serie de Franco Rossi, un trabajo tan serio como el autor, pero seguramente el más flojo de su importante *curriculum*. Lillo demuestra aquí y en su cuidada atención a los héroes menores, su seriedad científica, analizando con respeto tanto las obras importantes –es fácil criticar un *Espartaco*–, como la divertida –y a veces ni eso– desverguenza literaria de los abundantes *peplum* o las series desafortunadas.

Naturalmente, es Hércules (pp.85-105) el icono central de la épica menor en el cine. Lillo enmarca muy adecuadamente la figura del héroe mitológico y sigue la filmografía en detalle más que suficiente. Su cita de Schwarzenegger, en *Hércules en New York*, que «no se reconoce a sí mismo e incluso pregunta qué monstruos están representados en el cartel» (p.88) da una espléndida medida de la evolución cinematográfica desde la originalidad del *Hércules* de Francisci –una modesta *Argonáutica*–, a los remontajes americanos de títulos confusos para el crítico. Cabe presentar alguna objeción. Por ejemplo, no comparto la opinión de que (pp.88-89, y n.52) «...el Hércules de la pantalla se basa poco en la mitología griega y mucho en la anatomía de Tarzán y en la tradición plástica derivada del atletismo y el culturismo...» La presentación de Tarzán como fuente hercúlea pudo difundirla Terenci Moix³ a primeros de los setenta y sería una de sus *boutades*. No sé de dónde lo sacó, pero se ha extendido como la pólvora. Y sería una pena que la adopción gay de los héroes del *peplum* –culturalmente indiscutible, pero cronológicamente subsiguiente– impidiera ver las fuentes, enciclopédicas, sí, pero clásicas. Sin negar que los actores han estado siempre ligados a los culturistas, el Hércules neomitológico que elige y formula Pietro Francisci⁴ es una modernización rejuvenecida del Hércules Farnesio, modelo probablemente también de los culturistas.

El Tarzán de Weissmuller buscaba patrón praxiteliano, o, en todo caso el *David* de Miguel Ángel; como su sucesor, en la figura de Tarzán, Lex Barker. El hecho de que Gordon Scott, sucesor de ambos acabara con su vacilante carrera en la figura de Maciste e intentara un fallido Hércules televisivo, debió producir la asociación de ideas. El Hércules de Francisci –Steve Reeves– nacía bajo la sombra, en todo caso, del *Ulises* de Douglas. La evolución culturista es eso, una evolución, que no debe confundirse, a mi humilde entender, con las fuentes.

Lillo pone también en su lugar la relevancia de las evoluciones cinematográficas de las historias de argonautas, de Francisci a Willing, pasando por el gran Harryhau-

³ Me refiero de memoria a un artículo de la *Enciclopedia del séptimo arte* publicado en (Buru Lan, 1972).

⁴ El forzado de gimnasio, y Hércules, de Joe Bonomo en *Las castigadoras* (1928) es un antecedente, pero no un icono. Aunque culturista no comparte en absoluto los rasgos de Tarzán-Weismuller, ni de Hércules-Reeves.

⁵ Reconozco que prefiero *neomitologismo* a *peplum*, por lo confuso de este concepto.

sen, que eclipsa siempre el trabajo de sus directores. Y aprovecho para destacar la importancia que tiene en *Héroes...* la revisión en detalle de la filmografía menor. No es fácil encontrar a Homero o Livio, a Ovidio o Hesíodo en descuidadas aventuras con estructura de «cuento popular», que han sacado cuatro líneas de los manuales de divulgación. Por más que se adivinan buenas formaciones en clásicas en muchos de los esforzados artesanos de las obras neomitológicas⁵. Tampoco lo es comentar con naturalidad la manipulación de la fuente, como cuando se refiere a la reescritura del *Coriolano* de Shakespeare en clave de *peplum* (p.213), con importantes variaciones en los caracteres y un «final más acorde con el optimismo del género» (p.213). Allí mismo, recalca –es frecuente en el neomitologismo tardío– el aprovechamiento en remontaje de las escenas de batalla. Una y otra reflexión se hacen, como en toda la obra, con la distancia que un investigador ha de mantener. Y en eso se diferencia del crítico de cine o el filólogo autocomplaciente, que insisten, ante todo, en predicar sobre la calidad del producto o la fidelidad a la fuente.

El bloque dedicado a los enemigos de Roma incluye las versiones de Espartaco, siempre obras de enorme interés y muy apreciable calidad artística y narrativa, que analiza con buen aprovechamiento. Ha tenido tiempo el autor de hacer una escueta referencia a la serie de la HBO. Seguro que un buen día la comenta. Y a fe que va a necesitar de su paciencia bien probada para hacerlo. Creo que esta serie de los héroes que hicieron temblar a Roma, resulta de especial interés y mérito en cuanto contiene películas tan apreciables, como olvidadas: las versiones de Atila (pp.309-324), o el malogrado *Aníbal* de Ullmer. Aquí Lillo parece aceptar la teoría de que fue una obra compartida con Bragaglia. Es cierto que en los *peplum* que dirigieron viejos artesanos de Hollywood, solía haber un director de apoyo que algunos historiadores tienden a sobreponer. Personalmente creo que el problema podría deberse a que, en el Hollywood de los años cincuenta, algunos directores daban por acabada su labor con el rodaje, mientras que la postproducción quedaba en manos del montador. Un director de segunda unidad que dirigiera el montaje firmaría en Europa como co-director. El concepto de cine de autor, aplicado retroactivamente, es de los años mil novecientos sesenta. El hecho de que Ullmer se quejara de que su película había sido obstaculizada y mutilada, y la especial característica «maldita» de su obra en general, hace suponer que algo interesante se quedó en su proyecto frustrado.

No quiero, en fin, alargarme. *Heroes...* es un libro recomendable. Lo es por su rigor y por su amenidad. Por su documentación y por el uso que de ella se hace. Tal vez peca de descriptivo en algunas películas, y podría haber profundizado. Pero privilegio del autor es marcar los límites. En resumidas cuentas, creo que *Héroes de Grecia y Roma en la pantalla* puede interesar a los aficionados al cine en general, desde luego; sin duda a estudiantes y profesores de cultura clásica a cualquier nivel –un mérito a destacar–; y a cuantos sienten curiosidad por la presencia moderna de los mitos y leyendas clásicos, griegos y latinos.

Pedro L. CANO ALONSO
Universidad Autónoma de Barcelona